



Aventuras del Capitán James B

El Capitán James B estaba atrapado. Su avión estaba listo en el aeródromo, esperando para volarlo hacia Londres. Pero los soldados alemanes marchaban por las calles de Oslo.

¿Cómo podría el Capitán James B regresar de su misión secreta para la inteligencia británica? Haciéndose pasar por un miembro de la fuerza aérea alemana, un pase de Gestapo en su bolsillo, se consigue con su viejo enemigo, Von Stalhein...

Pero vuelve, con la ayuda de Algy y Ginger.

El Capitán James B desafía la esvástica

Introducción

El Capitán James B estaba atrapado. Su avión estaba listo en el aeródromo, esperando para volarlo hacia Londres. Pero los soldados alemanes marchaban por las calles de Oslo.

¿Cómo podría el Capitán James B regresar de su misión secreta para la inteligencia británica? Haciéndose pasar por un miembro de la fuerza aérea alemana, un pase de Gestapo en su bolsillo, se consigue con su viejo enemigo, Von Stalhein...

Pero vuelve, con la ayuda de Algy y Ginger.

Aventuras del capitán James B
Capitán W. E. Johns.
1941

Las Aventuras Aéreas del comandante James Bigglesworth
También publicado en la serie de Armada:

Biggles aprende a volar
Biggles y compañía
Biggles en África
Biggles en marcha
Biggles vuela al este
Biggles general de brigada aérea
Biggles va a la guerra
Biggles en España
Biggles en el Báltico
Biggles piloto chárter
Biggles desafía la esvástica
Biggles el vuelo de rescate
Biggles en el oriente
No hay descanso para Biggles
Sargento Bigglesworth C.I.D
Biggles obtiene a sus hombres
Biggles caza a lo grande

Un despertar desagradable.

El líder de escuadrón James Bligglesworth, D.S.O, mejor conocido en círculos de vuelo como 'Biggles', fue despertado por los rayos solares de la temprana mañana que pasaban a través de la ventana abierta de su habitación en el Hotel Kapital, en Oslo. Mientras estiraba sus manos hacia la campana de su mesa de noche para dejarle saber a mucama que estaba listo para su café, notó que en lugar del ruido usual de la calle allí abajo había un silencio peculiar, como si fuera domingo. Le impactó que quizá se había equivocado de día, y que después de todo era domingo; pero este pensamiento fue instantáneamente rechazado por la falta de las campanadas de la iglesia. Buscó el periódico, el cual el conserje, sin despertarlo, había puesto en su mesa de noche en los días anteriores, sólo para fruncir el ceño en desaprobación y sorpresa cuando nota que no estaba ahí.

Mirando hacia atrás, nunca pudo entender por qué esta secuencia de eventos no le sugirió la verdad. Quizás no estaba completamente despierto; o puede haber sido que su mente estaba llena de otras cosas. Sea como fuera, no se le ocurrió ninguna sospecha del estado real de las cosas. No tenía prisa por levantarse, ya que no tenía nada en particular que hacer, así que se quedó quieto, disfrutando del sol de primavera, pensando en la naturaleza peculiar de la misión que lo llevó a Noruega, y preguntándose si era hora de que se pusiera en contacto con el coronel Raymond, del Servicio de Inteligencia Británica, con el fin de preguntarle si ahora podría regresar a Francia.

Cuando, unos dos meses antes, el coronel Raymond le había presentado el proyecto, Biggles había escuchado sin entusiasmo, porque estaba bastante contento de estar donde estaba.

En ese momento él estaba en Francia, comandando un escuadrón especial que incluía entre sus pilotos a sus dos mejores amigos, el Teniente de Aviación de Honor, Algy Lacey y el Oficial de Vuelo 'Ginger' Hebblethwaite; y una de las razones por las que él recibió la propuesta del coronel Raymond con desaprobación fue porque la aceptación de la misma significaba dejarlos, e ir solo a Noruega.

La misión que el coronel Raymond le pidió tomar, a primera vista, ni tan difícil ni tan generosa. En resumen, era esto. De acuerdo a reportes recibido por sus agentes secretos, las autoridades británicas

tenían la opinión que el gobierno Nazi contemplaba una invasión a Escandinavia, y en el evento de esto tomar lugar, las tropas británicas de inmediato serían enviadas a asistir al país bajo ataque. Pero este sólo era el problema mayor. Si las tropas eran enviadas, entonces tendrían que ser escoltadas por aeronaves, y el departamento del coronel Raymond estaba ansioso de determinar que bases aéreas estarían disponibles. Esto no significaba aeródromos establecidos civiles y militares, particulares de los que ya se tenía conocimiento, pero extensiones de tierra en las que, de emergencia, pudieran ser convertidas en aeródromos. Fallando eso, qué lagos o fiordos eran más aptos para aviones marinos. Información técnica como esa podía ser obtenida sólo por un piloto práctico, y a Biggles se le pidió tomar ese trabajo. Había, sin embargo, dificultades menores, una la cuál era el punto de vista político. Por ejemplo, si se sabía que un piloto británico estaba tomando vuelos de reconocimiento sobre Noruega podría llevar a repercusiones desagradables, y a fin de evadir esa posibilidad un proyecto había desarrollado.

Biggles—Asumiendo que aceptara la misión—procedería a Noruega como un individuo noruego que por muchos años había residido en Canadá. Esto explicaría su habilidad de hablar inglés de forma fluida, y al mismo tiempo explicaría su noruego imperfecto. De hecho, Biggles no sabía nada de noruego, y su primer trabajo sería aprender el idioma tan rápido como fuera posible. Para el resto, sería provisto con papeles

Que dirían que es Sven Hendrik, nacido en Oslo. Al llegar a Noruega, se uniría a un club de vuelo y compraría un avión ligero en el que realizaría vuelos a través del país, aparentemente para el deporte, pero en realidad para recopilar la información requerida. Si la amenaza de invasión ocurriera, todo lo que tendría que hacer sería entrar en su máquina y volar de regreso a Inglaterra de inmediato.

Todo sonaba tan simple que los ojos de Biggles no encontraron ningún favor ello, y él dijo eso, señalando que era un trabajo que cualquier piloto podía hacer. Pero el coronel Raymond, con una visión astuta, no estuvo de acuerdo. Admitió que, si bien todo fue bien, la misión probablemente no presentará dificultades, pero si surgieran circunstancias imprevistas, le ahorraría mucha ansiedad si alguien con habilidad y experiencia estuviera en el trabajo. No

duraría mucho, tal vez dos o tres meses. -Si él, Biggles, lo emprendiera, Algy Lacey podría comandar el escuadrón en Francia hasta que regresara.

Al final, Biggles había accedido a ir, porque como se le había planteado el asunto, no podía negarse, especialmente cuando el coronel Raymond le pidió que lo hiciera como un favor personal. Así que se despidió de Algy y Ginger y llegó oportunamente a Noruega. Por supuesto, habría llevado a sus dos compañeros con él si esto hubiera sido posible, pero el coronel Raymond lo vetó alegando que tres extraños podrían atraer sospechas donde uno no lo haría.

Había estado durante casi dos meses en Noruega, haciendo largos vuelos de reconocimiento en su pequeño 'Motti' cuando el clima lo permitía, y estudiando fuertemente el idioma noruego en cada ocasión posible. Vivir en un país es la mejor y más rápida manera de aprender su idioma, y después de siete semanas de esfuerzo concentrado, Biggles pudo mantener una conversación normal en noruego. Además, al sobrevolarlo, había llegado a conocer muy bien el país; de hecho, había pocas características físicas que no había visto, incluida la línea costera escarpada. Él había enviado sus reportes a casa con muchas fotografías, por lo que era razonable suponer que podría ser retirado en cualquier momento. De hecho, fue en previsión de esto que había dejado su habitación en el club de vuelo, que era un pequeño y privado área de aterrizaje cerca del pueblo de Boda, y eligió por sí mismo por tres días de vacaciones en Oslo para ver las vistas. Oslo estaba a solo treinta millas de Boda. No tuvo ningún peligro al dejar su base, ya que no había ocurrido nada importante durante todo el tiempo que había estado en Noruega, y por lo que podía ver, era probable que no ocurriera nada. De hecho, en su corazón empezaba a sospechar que el Servicio de Inteligencia británico se había equivocado al pensar que los alemanes estaban contemplando un ataque a Noruega.

El miró su reloj. Eran casi las ocho y aún no había llegado su café. Esto era curioso, ya que la camarera solía ser puntual, y él estaba tratando de alcanzar de nuevo la campana cuando un sonido llegó a sus oídos, lo que provocó un ceño fruncido en su frente. Sin embargo, aún sin alarma, se quitó las sabanas y se dirigió hacia la ventana cuando la puerta de la habitación se abrió de golpe y apareció la

camarera. Parecía estar en un estado al borde de la histeria.

'¿Qué pasa?' preguntó Biggles en breve.

La mujer casi se ahoga en su conmoción y consternación. Con un dedo tembloroso, señaló hacia la ventana. 'Los alemanes,' jadeó. '¡Los alemanes están aquí!'

Biggles experimentó un shock desagradable, porque se dio cuenta de que la mujer estaba diciendo la verdad. Dos pasos rápidos lo llevaron a la ventana. Una mirada fue suficiente. Una doble fila de tropas nazis marchaba por la calle. Unos pocos civiles estaban en la acera observando con expresiones que revelaban lo que sentían, pero por lo demás la calle estaba comparativamente desierta.

Biggles sacó a la mujer de la habitación. A menudo había encontrado que era necesario vestirse rápido, pero nunca antes se había puesto su ropa con tanta velocidad como ahora. Y todo el tiempo su cerebro estaba acelerado mientras se esforzaba por idear un plan, para hacer algunas provisiones para la alarmante contingencia que había surgido; en otras palabras, para escapar con toda la velocidad posible de la trampa en la que se encontraba.

Abajo marchaban los alemanes

De dónde habían venido tan milagrosamente las tropas nazis, y aparentemente sin oposición, no podía imaginarlo. Por fin, asumió que no había habido oposición, o que no podía haber fallado en escuchar los disparos. La cosa era inexplicable. Los nazis, indudablemente, tenían el control de la ciudad, y eso era razón suficiente para que él la evacuara con toda la velocidad posible. Curiosamente, no esperaba grandes dificultades para lograrlo, pues, ¿no era, para todos los efectos, un inofensivo ciudadano noruego? Incluso los nazis, razonó, difícilmente masacrarían a toda la población civil a sangre fría, ni evitarían que la gente se ocupara de sus asuntos normales.

Antes de que hubiera terminado de vestirse, Biggles había decidido su línea de acción. Era la obvia. Él alquilaría un taxi y conduciría directamente al aeródromo. Una vez allí, no le llevaría mucho tiempo sacar su máquina de su hangar y llevarla al aire; y una vez en el aire, solo la falla del motor le impediría llegar a Inglaterra. Afortunadamente, por pura costumbre, él había visto sus tanques llenos antes de abandonar el aeródromo. Así que, hablando en términos generales, su vuelo, en ambos sentidos de la palabra, parecía un asunto bastante simple. Su equipaje no importaba; no había nada incriminatorio en ello, y nada que fuera insustituible, por lo que estaba dispuesto a abandonarlo. Su único pensamiento era llegar al aeródromo.

Se echó un vistazo rápido en el espejo de cuerpo entero y decidió que no había ninguna razón por la que alguien sospechara que era otra cosa que lo que pretendía ser: un sujeto noruego. Su traje de franela gris que realmente había comprado en Oslo a su llegada al país. Sus papeles de nacionalidad estaban en orden, y él tenía un montón de dinero listo, por lo que parecía que tenía poco de qué preocuparse. Con un tarareo despreocupado, bajó las escaleras hacia el vestíbulo y allí recibió la primera conmoción. Fue una de mala educación.

Cuatro soldados alemanes, bajo un unteroffizier, estaban allí. Lo vieron en el mismo momento en que los vio y, como retirarse, obviamente provocaría sospechas siguió su camino. Fue llevado a un alto por la punta de una bayoneta. El unteroffizier se dirigió a él con

dureza.

'¿Quién eres tú?' le gritó

Biggles afectó una expresión de sorpresa. 'Mi nombre es Hendrik,' respondió de inmediato. '¿Por qué preguntas? ¿Qué está sucediendo aquí?'

"Noruega está ahora bajo el control del Tercer Reich", respondió el alemán. 'Regrese a su habitación y permanezca allí hasta nuevo aviso'.

Biggles miró al gerente del hotel. Desplomado en su escritorio; estaba tan blanco como la muerte. Parecía aturdido. 'Es correcto,' se diga en voz baja.

Biggles se encogió de hombros. 'Está bien', se dijo, y caminó de vuelta por las escaleras. Pero este estado de cosas no le convenía. Lejos de eso. Lo último que se pretendía hacer era sentarse pasivamente en su habitación, de modo que tan pronto como estuvo en el primer piso, se apresuró hacia el final del pasillo y miró por la ventana. Se veía un patio—lleno de alemanes. Claramente, no había escapatoria por esa vía. Probó las ventanas de varias habitaciones desocupadas y finalmente encontró una que daba a una calle lateral estrecha. Las únicas personas en él eran un pequeño grupo de mujeres que hablaban con exaltadas. Eran, por supuesto, noruegas, por lo que no tenía nada que temerles, abrió la ventana de par en par, trepó por el alféizar y, después de colgar hasta el extremo de sus brazos, se dejó caer ligeramente sobre el pavimento. Otro momento y estaba caminando velozmente por la calle hacia un garaje que anteriormente se había fijado. Pero ¡ay de sus esperanzas! Un escuadrón de alemanes ya había tomado posesión del edificio, por lo que Biggles siguió caminando sin detenerse.

Ahora estaba un poco perdido, porque, aunque había estado en Oslo dos veces antes, no estaba seguro de ninguna manera de su camino. Llegó a la calle principal y la encontró llena de alemanes que marchaban, con los noruegos de pie mirándolos impotentes. Sin embargo, lo que le molestó fue la ausencia total de tráfico motorizado, y se dio cuenta con algo de consternación de que los invasores debían haber prohibido de inmediato el transporte mecánico. Esto fue perturbador por decir poco, pero no afectó su determinación de llegar al aeródromo. Sin embargo, sabía que era inútil pensar en caminar;

tomaría demasiado tiempo. Percibió que, si los alemanes hubieran detenido el tráfico automotriz, también habrían detenido el vuelo privado, o lo harían tan pronto como llegaran al aeródromo. Por lo tanto, su única posibilidad de alejarse era llegar al aeródromo antes de que las tropas alemanas tomaran el control, como seguramente lo harían.

Estaba parado en el borde de la acera, preguntándose qué camino tomar cuando un mandadero desmontó de una bicicleta no muy lejos y, dejando la máquina apoyada en un poste de luz, desapareció en una tienda. Observando en secreto a las personas que lo rodeaban para ver si observaban sus movimientos, Biggles caminó rápidamente hacia la bici. Nadie le prestó la menor atención; Todos estaban demasiado interesados en los alemanes. En un momento, se había montado sobre la bicicleta y pedaleaba un curso algo errático por la calle—errático porque habían pasado muchos años desde que había montado una bicicleta. Además, las únicas bicicletas que había montado eran las del tipo antiguo, bastante pesadas, que tenían marcos verticales, mientras que su montura actual era un modelo ligero con manillares de cuerno de carnero que barrían casi hasta el suelo. Se sentía incómodo, torpe, y solo podía esperar que no se viera tan visible como se sentía.

Aun así, fue culpa del alemán que chocó con él. Él—Biggles—estaba cruzando hacia la amplia carretera que sabía que pasaba por el aeródromo cuando el nazi, un cabo, se paró justo frente a él. Biggles hizo todo lo posible por detenerse, pero no pudo encontrar el freno, y el resultado fue que el manubrio atrapó al alemán debajo del asiento de sus pantalones y lo tiró volando hacia la canaleta.

Biggles se detuvo a una vez, porque sabía que continuar era buscar el desastre. El cabo, blanco de furia, porque varios de los espectadores se habían reído de su incomodidad, se dirigió rápidamente hacia donde estaba parado Biggles. '¡Tonto! gruñó, pateando la bicicleta fuera del camino y golpeando a Biggles en la cara. Con su palma abierta.

Por qué esfuerzo se controló Biggles no sabía. Apretó los puños y apretó las mandíbulas, pero se quedó quieto, sufriendo, en un impotente silencio, porque a su alrededor había una docena o más de soldados totalmente armados. Pero incluso ahora el cabo no estaba